



EL COMERCIO.

Guayaquil, Noviembre 26 de 1878.

LO QUE PENSAMOS.

Como anunciamos a nuestros lectores, en el número anterior, hemos tomado en arriendo la imprenta del "Comercio," y a nuestro cargo la Redacción del periódico de este nombre. Cumples pues, a nuestro deber, participar al público, los propósitos que nos animan a este respecto, y cual será en lo sucesivo nuestra regla de conducta.

El periodismo entre nosotros, sentimos decirlo, no está a la altura que le corresponde. Se necesita tiempo y práctica constante, para poner en el pie que conviene esa poderosa plancha que es la mayor fuerza moral de una nación. El "Herald" comenzó por una hoja volante escrita en un sótano, y hoy es un pliego inmenso, escrito en un palacio.

¿No tenemos nosotros medios para evitar que el periodismo decaiga? ¿No hay sobre qué escribir, y qué merezca la atención pública? Si, sin duda. Tenemos Instrucción Pública, obras nacionales, estadística, trabajos municipales, reformas que conengan al progreso del país, estudios sobre la agricultura, la gran fuente de nuestro porvenir, y mil temas más, que iremos desarrollando, si contamos con el apoyo del público, que es el gran juez en esta materia. Lo que deseamos es, que el público no se muestre severo; que suspenda su juicio, y nos permita desarrollar nuestro programa periodístico: tiempo tiene de fallar más tarde.

Nosotros procuraremos dar al periódico que desde hoy está a cargo nuestro, toda la variedad e interés posibles; plumas nacionales nos han ofrecido su apoyo y colaboración, y aun ya contamos con algunos artículos importantes.

Lo que tenemos decididamente resuelto es no admitir artículos remitidos injuriosos contra cualquiera que sea, aun con la firma de responsabilidad. Si no conseguimos dar al periódico una grande importancia, a lo menos será en nuestras manos una hoja inocente; que no arrancará una lágrima, ni engendrará odios y discusiones.

A la "Crónica" pensamos darle mayor extensión. Parece a primera vista, que esta sección de un periódico, es secundaria, pero en nuestra opinión es tal vez la mas importante; la crónica es el alma del periódico; es la historia de una población. Una crónica bien escrita y continuada por algun tiempo, es la fotografía de un

pueblo; el historiador no iba a hacer sino hojear la crónica, y tiene ya escrito el sumario de su libro.

EXTERIOR.

La epidemia de la fiebre, esa asquerosa y terrible enfermedad, está haciendo estragos en varios de los puertos de Chile en que recalan los vapores de la Compañía inglesa. Los periódicos chilenos describen minuciosamente su carácter insidioso, entendiéndose malicia y la gran mortandad que está causando en ciertas localidades. Y todo esto se dice sin reflexiones.

Parece extraño que los buques portanos no hayan impuesto cuarentena a los buques procedentes de puertos chilenos, ya que si la establecieron por dos días sobre los de Panamá su propósito de que aquí podía haber fiebre amarilla. Pero es que la Junta de Sanidad del Callao establece distinciones entre las enfermedades o entre los países de donde puede venir el contagio. Tal vez prefere que su pueblo se padezca de viruela chilena antes que morir de susto por el fantasma de la fiebre amarilla en Panamá.

A propósito de esto nos permitimos rectificar un error del South Pacific Times que en su número del 7 de Noviembre dice que las Antillas y la costa de Nueva Granada están casi siempre infestadas de fiebre amarilla. Por lo que hace a Nueva Granada, o, propiamente hablando, Colombia, solo en Colon y Panamá es en donde se ha presentado de tiempo en tiempo aquella epidemia, y en estas dos ciudades no se ha tenido noticia de un solo caso desde hace diez años. En los otros puertos de la República en el Pacífico no se ha presentado nunca la enfermedad. Es pues demas proclamar alarmas infundadas.

Vapor del Sur.—Reservando los cambios del exterior y de las provincias, no encontramos nada notable.

Solo merece reimprimición la siguiente noticia de "Las Novedades de Santiago": "Por telegrama particular recibido por tanto se sabe que el gobierno argentino manda por el próximo vapor una nota al nuestro, en la cual pide se desaproveche la conducta observada por el comandante de la "Magallanes" y se de explicaciones sobre la captura del "Devonshire," y queda desahogada la guerra."

PERU.

EL ASESINATO DE DON RAFAEL PARDO.

PORMENORES.

DOCUMENTOS IMPORTANTES.

Bando de duelo nacional.

A lo que dijimos en nuestra primera edición de hoy sobre el horroroso crimen que ha hecho desaparecer de la escena pública al gran ciudadano que era orgullo de esta patria, solo tenemos que añadir ahora dolorosos pormenores.

Sirvan ellos para utilidad de los que se van sangriento siempre, para el recuerdo de ejemplares virtudes cívicas, la herida que

ese atentado la abrió en todos los corazones que palpitan por el bien de nuestro país.

A las dos de la tarde de hoy, se detenía en la puerta del Senado un coche de plaza.

En ese coche llegaban los señores don Manuel Pardo, doctor don Manuel María Rivas y doctor don Adán Melgar.

Los señores Pardo y Rivas bajaron del coche los primeros; el señor Melgar el último.

La guardia, que era del batallón "Pichincha," estaba formada en ala, en el lado izquierdo del patio del Senado; el capitán a la cabeza, es decir en el umbral de la puerta, y el sargento a la cola, es decir a dos o tres pasos de la entrada del pasadizo que conduce al patio interior.

Al bajar el señor Pardo del coche, la guardia presentó las armas, y el corneta tocó marcha regular.

El señor Pardo entró lado a lado con el señor Rivas. Al pasar delante del comandante de la guardia la hizo con la mano una seña para que cesaran los honores: calló la corneta y los soldados bajaron las armas.

Don Manuel Pardo daba ya el primer paso en el pasadizo que conduce al patio interior, cuando el sargento de la guardia Melchor Montoya, formado a la cola de esta, se volvió y disparó su arma sobre el señor Pardo.

La bala, despues de rozar el dorso de la mano izquierda del señor Rivas, entró por sobre el pulgón izquierdo del señor Pardo y salió por bajo la clavícula del mismo lado, tocando ligeramente el pulmón.

Don Manuel Pardo se llevó las manos al pecho, miró al señor Rivas como queriéndolo decir algo: exhaló un jadeo y recostado sobre este caballero, recorrió, dando traspases, el pasadizo.

Al llegar al segundo patio las piernas le flaqueaban ya; sin embargo, sostenido por el doctor Rivas, dio todavía cuatro o cinco pasos más y cayó, entre las dos puertas que para ese patio tiene el salón de sesiones.

Entre tanto esto pasaba, el señor doctor Melgar que, como hemos dicho, bajó del coche despues que las señoras Pardo y Rivas, veía al sargento Montoya disparar contra el señor Pardo, y se abalanzaba sobre él.

Lo corrió por el cuello y licho con él para impedir que fugase.

La guardia toda permaneció impassible. El sargento, despues de un momento de licho, logó desahucarse de las manos del Sr. Melgar, y se lanzó a todo correr a la plazuela de la Inquisición.

La guardia dejó salir; pero el sargento primero Juan J. Velloso, de la guardia del cuerpo de gendarmes, que está acuartelado en el local contiguo al Senado, corrió tras él, y lo apresó.

El asesino fue colocado, con dos centinelas de vista, en un pequeño cuartel del segundo patio del Senado.

Pasados los primeros instantes de natural aturdimiento, corrióse en busca de médicos.

Llegaron consecutivamente los doctores Velez, Macelo [Mariano] Sanchez, Concha, Leon, Bambero, Castillo, Villar, Rosas, Moreno y Maiz y Soza.

Los doctores Olayo y Lazo Torres, médicos de policía, llegaron pocos momentos antes de que el señor Pardo espirara.

Desde el primer momento los médicos declararon que la herida era mortal.

La hemorragia que sobrevino, y que no fué posible contener, no permitía abrigar esperanza de salvación.

Se hizo sin embargo, cuanto la ciencia podía hacer.

Para evitar el progreso de la hemorragia no se movió al señor Pardo del sitio en que había caído.

Allí, sobre las baldosas del pavimento, se le asió. Solo se le levantó la cabeza para colocarla sobre un levín.

Cuando comenzaba la agonia—perdida ya toda esperanza de prolongar unos instantes mas esa preciosa existencia—sacó el coronel D. Manuel Velarde un pequeño cojón del cuarto de uso de los porteros, y con gran cuidado se levantó el cuerpo del señor Pardo y se colocó debajo el cojón.

Las primeras palabras que don Manuel Pardo pudo pronunciar con voz entrecortada, despues de herido, fueron estas:

Debo mucho... Un confesor... Mi familia.

Preguntó algun tiempo despues quien lo había asesinado, y al saber que un sargento de "Pichincha," lo perdono, dijo.

Mientras se le curaba pronunció, con intervalos, algunas palabras. Recordamos haberle oído estas:

Perdon... infame... perdon...

Cuando se le daba el cognac y unas cucharadas recetadas por el doctor Macedo, ahí me ahogo, decía.

Cuando comprendió que su familia había llegado, por las voces que se daban al impedir que se acercara a él, dijo: ¡sientenme!

Segundos antes de entrar en la agonia pronunció estas palabras:

¡Mi familia!... recomiendo al congreso.

Sus últimas palabras fueron:

Perdono a todos... perdono a todos hasta a mi asesino.

Y exhaló el último aliento.

Eran las tres en punto de la tarde.

El Reverendo Padre Caballero, de la Orden de Predicadores, fué el que confesó al señor Pardo.

El parroco del Sagrario le administró la Extrema-Unión.

El presbitero señor Gonzalez La-Rosa, lo auxilió en sus últimos momentos y cerró sus ojos.

Estaban tambien al lado del moribundo, en ese solemne instante, el padre descalzo Gonzalez y otro sacerdote.

Seis minutos despues de haber espirado el señor Pardo, su cadáver fué puesto en una camilla y trasladado al salon de sesiones del Senado.

Allí se le tuvo hasta las cinco de la tarde, hora en que se le sacó al patio para practicar el embalsamamiento.

El señor don Manuel Pardo nació el 9 de Agosto de 1834.

Muere a la edad de 44 años, 3 meses, 7 días.

Era hombre cuya robustez de cuerpo rivalizaba con su entereza de ánimo.

Estaba lleno de vida y era la mejor esperanza de su país, y una de las glorias de Sud-América.

La familia del señor Pardo recibió la fatal nueva, pocos minutos despues de perpetrado el crimen.

FOLLETIN.

MIGUEL STROGOFF

MOSCOU A IRKUTSK.

(SEGUNDA PARTE)

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

JULIO VERNE.

El viejo marinero echado a proa cerca de sus hombres se ocupaba tan solo en apartar los témpanos del hielo sin hacer ruido.

Era tambien una circunstancia favorable la bajada de los témpanos en el caso de que no opusiera despues un obstáculo insuperable a la travesía. En efecto, aquel aparato aislado sobre las aguas libres del río habia corrido riesgo de ser visto, aun al través de la espesa sombra, si no se confundiese entonces con aquellas masas movibles de todas formas y de todas formas y si el ruido que producía el choque de los témpanos unos con otros no hubiera cubierto todo ruido sospechoso.

Proseguíase un frío agudísimo al través de la atmósfera. Los fugitivos padecían cruelmente, no teniendo otro abrigo mas que hojas de abedul y se estrechaban los unos contra los otros a fin de poder soportar me-

lor la baja temperatura que durante aquella noche debia llegar a diez grados bajo cero. El poco viento que llegaba, despues de haber pasado por las montañas del Este, cargado de nieve, contribuía a aumentar los padecimientos.

Miguel Strogoff y Nadia temblaban a poca surlina sin queles aquel aumento de niebla. Alcides Jolivet y Enrique Blount ochaban junto a ellos resistían como mejor podían, los primeros agitados del invierno Siberiano. Ni los unos ni los otros hablaban ya ni siquiera en voz baja. La situación absorbía todos sus pensamientos; a cada instante podía producirse un accidente, un peligro y basta una catástrofe de la cual no creían posible salvarse.

Para un hombre que, cuando llegara a su objeto, Miguel Strogoff parecia singularmente tranquilo. Por lo demas en las mas graves ocasiones su energía nunca lo habia abandonado. Suave era el momento en que el fin lo tenia perseguido, pensar en su madre, en Nadia y en su hermano. No tiene ya q' correr más el último peligro para llegar a su objeto y era que la balsa fuere derrocada absolutamente por los hielos antes de haber llegado a Irkutsk. No pensaba más que en esto, y estaba decidido a dar un brinco afortunado algun sapiente golpe de mano.

Nadia, repuesta por los hielos que habia podido ya desmontar, habia recordado a su energía balsa que la niñera habia podido quebrantar alguna vez, sin haber quebrantado nunca la energía moral. Pensaba tambien que en el caso de que Miguel Strogoff hiciera un nuevo esfuerzo para alcanzar su objeto, ella misma estaria a su lado para ayudarle. Pero a medida que se acercaba a Irkutsk la influencia de su padre se dibujaba

mas claramente en su ánimo. Lo veía en la ciudad situada lejos de sus amigos pero sin duda alguna hablando contra los invasores con todo el ímpetu de su patriotismo. Dentro de algunas horas, si el cielo las favorecía al fin, se encontraría en sus brazos comunicándole las últimas palabras de su madre y nada podría ya separarlos. Si el desierro de Wasi Esol no debia tener término, su hija permanecería desterrada con él. Despues por una sucesión natural, de repente se fijaba en aquel a quien debia el haber vuelto a ver a su padre, en el generoso compañero, en aquel hermano que una vez rechazados los tártaros, tomara de nuevo el camino de Moscov y a quien quizá no volveria a ver...

Alcides Jolivet y Enrique Blount no tenían mas que un solo y mismo pensamiento, y era que la situación se presentaba estrofastradamente dramática, y que bien puesta en escena daría motivo para una crítica interesante. El inglés pensaba en los lectores del Daily Telegraph y el francés en los de su primera Migdalena. Sin embargo, en el fondo no dejaban de experimentar cierta emoción por lo que podían suceder.

—¡Ah! ¡Tanto mejor pensado! Alcides Jolivet, es preciso estar convoyado para convencer. Cree que hay un verso oculto sobre este punto, pero el diablo no lleva si se...

—Y con su vista elevadísima trataba de penetrar la espesa oscuridad que envolvía el río.

De cuando en cuando, grandes resplandores rompían las tinieblas y presentaban las diversas formas de una y otra orilla bajo un aspecto fantástico. Era algun bosque que ardía, alguna aldea incendiada, sinistra producción de los comendados del día, que tenía además el contraste de la noche. El Angara

se iluminaba entonces de una orilla a la otra. Los témpanos de hielo formaban otros tantos espejos que reflejaban sobre la llama bajo todos los ángulos y con todas las colores se movían al impulso de la corriente. La balsa confundida en medio de aquellos cuerpos flotantes, pasaba sin ser vista.

El peligro no estaba todavía allí.

Pero un peligro de otra naturaleza amenazaba a los fugitivos, peligro que no podían remediar. Alcides Jolivet veía que le descubriría por casualidad del siguiente modo:

Tendido sobre el lado derecho de la balsa habia dejado la mano colgando junto al agua. De repente le sorprendió la impresión que le causaba el contacto de la corriente en su superficie. Parecía ser de consistencia viscosa, como si hubiera estado formada de aceite ulular.

Hevándose la mano a las narices para comprobar por el olfato las sospechas adquiridas por el tacto, se convenció de que una capa de nata líquida sobrenadaba en la parte superior de la corriente del Angara y corría con ella.

La balsa flotaba realmente sobre aquella sustancia, que es tan eminentemente combustible. ¿De dónde venía aquella nata? Era un fenómeno natural que la habia proyectado en la superficie del Angara, ó debia servir como una máquina de destrucción, obra de los tártaros? ¿querían estos llevar el incendio hasta Irkutsk por medios que el derecho de la guerra no justifica nunca entre las naciones civilizadas?

(Continuará.)

A las dos y cuarto de la tarde la esposa del ilustre ciudadano y su hijo mayor, atravesaban la calle de San Antonio, encaminándose al Senado. Delante de ellos iba el señor doctor don José Eusebio Sánchez. El director de "La Tribuna" que se dirigía a la casa del señor Pardo, detuvo a la señora y a su hijo: dijo a aquella que habían sacado ya del Senado a su esposo y que dentro de pocos momentos lo tendría en su casa. Por este medio consiguió que la señora regresara.

Pocos momentos después de esto, el señor Malinowski llegó a la casa, y salió con la señora para el Senado. Tras la esposa fueron también la madre del señor Pardo y el mayor de los hijos de éste.

Nosotros estábamos en el Senado cuando entraron allí la señora de Pardo y su hijo; pero renunciamos a bosquejar siquiera la conmovedora escena que presenciáramos.

Eso no se describe. Se comprende y se siente. Describirlo sería casi una profanación.

La señora no pudo llegar donde su ya espirante esposo.

Habría sido cruel permitirla recibir el postrer aliento del que fué modelo de padres de familia, allí, sobre el frío y duro mármol del pavimento.

Al hijo mayor se le dejó arrodillarse al lado de su padre, porque ese será mañana un ciudadano y era necesario que recibiera con el último suspiro la última lección.

El Presidente de la República, luego que tuvo noticia del horroroso crimen que se había cometido, salió, seguido de sus edecanos, de la Casa de Gobierno, y se encaminó al Senado.

Allí llegó a las dos y veinte minutos próximamente.

Se dirigió hacia el sitio en que D. Manuel Pardo luchaba con la muerte; trató de separar a los que rodeaban al moribundo eminente ciudadano; le miró con ojos espantados; llevóse las manos a la cabeza; vergüenza, dijo, é iba ya a echarse sobre el cuerpo del mártir de nuestra regeneración social, cuando lo arrastraron hacia la secretaria de la Cámara.

Después de dar dos ó tres pasos se detuvo, y dirigiéndose al que primero viera sus ojos, preguntó por el asesino.

—Es un sargento de "Pichincha," y está preso allí, se le contestó; señalándole el cuarto donde estaba Montoya.

El general Prado, extraordinariamente emocionado, tanto que apenas podía hablar, alzó su bastón, dió unos cuantos pasos en actitud amenazadora, hacia el cuarto que se le había señalado, y con voz ronca dijo:

—Y por que vive todavía ese miserable! Calmóse luego; entró a la Secretaría; recorrió varias veces de un extremo á otro el salón, y ya mas dueño de sí, llamó a sus edecanos y ordenó que la guardia toda fuera relevada, desarmada y presa; que se pusiera en ambas Cámaras guardia del batallón "Ayacucho," y que el cuerpo del coronel Antay se encargara de la custodia de los presos.

El Presidente de la República permaneció en el Senado, pálido y demudado, hasta que fué relevada la guardia. El mismo presenció el relevo, é hizo salir escoltados por soldados del "Ayacucho," á los que impacables habían presenciado el infame asesinato del Presidente del Senado de la República.

El comandante de la guardia que era el teniente con grado de capitán J. G. Ulloa, intentó resistirse á entregar el puesto.

Fué necesario que uno de los edecanos del Presidente entrara á caballo al cuerpo de guardia y apostofara á Ulloa, para que este obedeciera.

El Presidente de la República, después de haber permanecido como una hora en el local del Senado, pasó al cuartel del batallón "Gendarmes de Lima."

Allí preguntó por el sargento que había capturado al asesino del señor Pardo; lo hizo conducir á su presencia, y le dijo:

—Sargento Belloda, es usted oficial.

—Parece confirmarse el hecho de estar comprometidas en el asesinato del señor Pardo y en el complot que debía ser su consecuencia, las guardias de ambas Cámaras.

El sargento Garay, de la de Diputados, cuando oyó el disparo de Montoya, hizo dos tiros, llamando la guardia á las armas. El oficial que comandaba esta se lanzó sobre él, lo desarmó y tomándolo preso lo remitió á la Intendencia.

Un grupo apretado en la boca-calle de Zárate, trató de libertarlo y fué dispersado por la caballería.

El sargento Montoya es indio, de 28 años mas ó menos, bajo de cuerpo, nato y de fisonomía sin expresión,

El doctor don Manuel María Rivas ha sufrido una ligera herida en la mano. La bala que mató al señor Pardo le rozó antes de caer sobre la víctima.

Se dice que un individuo llamado Arana, que pasaba en coche, insultó á la guardia inculpándole, su cobardía. La policía lo apresó.

Todos los diarios de Lima y del Callao han salido anoche de luto rigoroso.

Puesto que ya ha revelado otro diario el nombre del sargento, cómplice de Montoya y su instigador, segun declaración de él, es Gómez Sánchez y pertenece á la misma compañía.

La casa del señor Pardo ha estado toda la noche y durante el día de hoy, invadida por multitud de amigos, de todas clases y jerarquías.

La afluencia de todos es inmensa.

Puede decirse que es la casa de llanto general.

Un edecan de Gobierno está allí permanentemente de órden de S. E.

La comitiva que acompañó anoche el cadáver del señor Pardo, ocupaba dos cuartos, cerrada en masa por la calle.

Apesar de que no pudo saberse la hora fija del desfile, una multitud de personas lo esperaban desde temprano: otras creyeron que se verificaría á las diez y por eso no llegaron á tiempo.

Las calles estuvieron solitarias durante la noche.

Parecía que la población se había recogido toda á sus hogares para llorar tan infanta desgracia.

No han faltado alegrías infames, que han tenido la vileza de manifestarse.

Eran las de unos pocos y muy conocidos. Miserables!

INSERCIONES

EJECUCION DE LEBIEZ Y DE BARRÉ.

Hé aquí los detalles de la ejecución de Lebiez y Barré, condenados, como saben nuestros lectores, por los Assises del Sena por haber asesinado y cortado en pedazos á una lechera, la tía Guillot. La prensa francesa unánime clama contra las ejecuciones públicas, que ofrecen al pueblo el espectáculo de la sangre humana y son causa de grandes desórdenes.

La plaza de la Roquette.

Hace ya algunas noches que una multitud considerable se reúne en la plaza, aguardando el momento de la ejecución. El sábado 7 la concurrencia era mas numerosa, los ajentes de policía procuran en vano hacer evacuar las cercanías de la cárcel. A las dos llegan algunos destacamentos de caballería, que consiguen mantener el órden. Entre la multitud reina gran confusión, promovida por el deseo de procurarse sitios mejores para contemplar de cerca el espectáculo. En fin, la calma se restablece, aunque la autoridad no consigue desalojar á los curiosos, estacionados en los árboles y en los faroles.

El despertar de los condenados.

A las cinco menos algunos minutos, el verdugo y sus ayudantes penetran en la cárcel acompañados de M. Horoch, escribano del tribunal; Baron, comisario de policía, y Jacobo, jefe de la seguridad.

Después de las formalidades acostumbradas, el director de la cárcel introduce á estos señores en el calabozo de Barré; éste estaba seguro de que se ejecutaría la sentencia, y media noche había remitido al director de la cárcel una larga memoria dirigida á sus padres y se había negado á acostarse en la seguridad de que sería ejecutado por la mañana.

El tumulto que la multitud promovía en el exterior acabó de convencer á Barré.

Cuando la comitiva abrió la puerta del calabozo, el reo estaba casi amodorrado, y miró á los que entraban con mirada estraviada, sin pronunciar una sola palabra. Cuando le anunciaron que había llegado la hora, hizo un esfuerzo para levantarse, pero no consiguiendo inmediatamente los ayudantes del verdugo han efectuado los preliminares del suplicio.

Entre tanto, M. Jacob y M. Baron entraron en el calabozo de Lebiez, separada por una sola celda de la que ocupaba Barré; Lebiez dormía profundamente.

El día anterior estaba tan seguro de que no sería ejecutado que había cambiado una moneda de cinco francos, teniendo, segun decia, que en el buque que debía transportarlo á la Nueva Caledonia no pudieran cambiársela.

M. Jacob y los suyos esperaban, pues, que la noticia le indignaría, pero el flamático Lebiez no se ha desmentido, y ha escuchado imperturbable y sin pronunciar una sola palabra su sentencia definitiva. A pesar de que se le ha invitado á que pidiese lo que deseara, se ha obstinado en su silencio, dirigiendo al verdugo una mirada burlesca.

Los dos condenados han permanecido solos cinco minutos: Barré con el abate Grozes y Lebiez con el abate Latour; los dos han dado muestras de arrepentimiento. Barré estaba resignado, Lebiez animoso; el abate Latour que le ha confesado estaba sorprendido de la serenidad y la resignación del reo.

Barré ha hecho rogar á Lebiez que le perdonase las declaraciones que había dado para agravar su situación.

—Decide que le perdono, ha contestado Lebiez; estábamos unidos por el crimen, y lo estaremos por la espacion.

El cortejo se ha dirigido á la puerta principal á través de los talleres de la cárcel. Barré marchaba el primero sostenido por el abate Grozes, el verdugo y MM. Jacob y Baron; seguia despues Lebiez, pero á bastante distancia para que no pudiese ver á su cómplice, acompañado del primer ayudante del verdugo, del abate Latour y del escribano.

Ejecucion de Barré.

A las cinco y veinte y cinco minutos, las puertas de la Roquette se abren de par en par, Barré horriblemente pálido, anda con dificultad. Lebiez le sigue con paso firme y semblante sereno.

Este último se detiene con los que le rodean á diez metros de distancia del cadalso, mientras Barré sube las gradas de la guillotina.

El ayudante del verdugo, el abate y el escribano procuran ocultar á Lebiez el espectáculo de la muerte de su cómplice, pero él sigue con mirada serena todos los detalles de la ejecución.

Se oye un rudo siniestro, baja la cuchilla y la cabeza de Barré cae en el cesto fatal.

Entonces ocurre un incidente espantoso: el cuerpo no ha entrado completamente en el cesto y un enorme chorro de sangre inunda al verdugo y á sus ayudantes; y un murmullo de horror sale de las filas apinadas de la multitud.

Ejecucion de Lebiez.

Lebiez ha visto tambien esa horrible escena, pero ha permanecido impassible, y su calma suprema admira á los asistentes.

En el momento de poner la cabeza en el bajo, una voz de la multitud esclama: "¡Bravo Lebiez!"

Esa exclamacion indigna á los asistentes, pero Lebiez se reanima al oírlo y con testa con voz fuerte y serena: "¡Adios!" Un segundo despues la cuchilla derriba su cabeza.

De nuevo se produce otro incidente horrible: los ayudantes del verdugo han encerrado al cuerpo en el cesto, pero han olvidado la cabeza.

Por fin la recojen, y los fúnebres restos son colocados en el coche especial que debe conducirlos al cementerio.

Despues de la ejecución.

Terminada la ejecución, se promueve un gran tumulto entre la multitud, y el jefe de la escolta, viendo que los esfuerzos de la policía son inútiles para dominarla, ordena una carga de caballería, que consigue despejar la plaza y rechaza á la multitud que quiere ver de cerca la guillotina.

Han resultado algunos contusos.

El ministro de justicia, vivamente impresionado de los hechos deplorables que ocurrieron en la doble ejecución del sábado, acaba de dar las órdenes necesarias para que la cancelleria reúna inmediatamente todos los documentos necesarios sobre la cuestion de las ejecuciones capitales en el interior de las prisiones.

El guarda sellos ha pedido, además, que estos documentos que comprenden las proposiciones que se hicieron en 1848 y en los últimos años del imperio, despues de la ejecución de Tropmann, las discusiones de que han sido objeto, y todo lo referente á los procedimientos adoptados en Inglaterra y Alemania, le sean enviados á la Charente-Inferior, en donde vive actualmente.

VARIETADES.

LA POESIA DEL DOLOR.

Disertacion literaria para la primera página de las composiciones poéticas del señor Adriano Starpelta (poeta caucaso)

La funcion social del verdadero poeta, del sucesor de Moises, de Isaias, de San Juan, es un ministerio santo, un pontificado augusto.

Fernando Velarde.

La mision del poeta no es simplemente la de impresionar con sus melodias agra-

dablemente los oídos, la de servir de lujo de la sociedad: su tarea es más vasta; su obra es inmensa; se extiende á todos los tiempos; sus frutos son para todas las generaciones, y su influencia corresponde á todas las edades; á todas las escalas sociales, á todas las órdenes de la creacion. Cantar las bellezas de la naturaleza, sublimizar la obra portentosa del Creador; "enaltecer todas las virtudes;" condenar todos los vicios; aliviar toda desgracia; suavizar todo infortunio; inmortalizar los héroes; calmar el desconuelo y la orfandad; glorificar el talento; hacer resaltar la belleza del verdadero mérito, por tosta que sea su apariencia, por rústicas que aparezcan sus manifestaciones; alabar con voces inmortales, con elocuentísimas frases, las acciones del hombre científico, del ciudadano honrado, del abnegado patriota; aleccionar la humanidad entera en los sentimientos de lo bello, de lo justo y de lo bueno; poner en relieve la hermosura de los nobles sentimientos; enseñar la verdadera moral, difundir el espíritu filosófico de las religiones; predicar la práctica de todas verdaderas virtudes desde una cátedra inmensa, en lenguaje arrobador é inimitable, en voces celestiales robustecidas por la inspiración, y dirigiéndose directamente á los corazones; he aquí la mision, he aquí "el ministerio santo, el pontificado augusto del poeta."

Pero en ninguna de sus manifestaciones se revela en toda su belleza la verdadera poesía como en la del sufrimiento. La historia de la poesía en todos los tiempos y en todos los países ha sido siempre la historia del dolor en sus múltiples y variadas manifestaciones. Parece que la grandeza y sublimidad del poeta ha estado en proporción de la intensidad del dolor y de la fuerza del sufrimiento. El arte de la inspiración, de lo sublime, de lo bello no era dable al hombre poseerlo si no estaba acompañado del yugo del pesar, como un medio de corroborar la imperfeccion humana. Recorrió todos los tiempos, abrió todas las historias, penetró en todas las epopeyas, contempló todos los poetas, y siempre veréis cubierto el laurel inmortal que sobre sus tumbas crece con el emblema del dolor que acompañará al bardo durante su vida.

Pero así mismo, si la desgracia es el primer lote que en el gran juego de la vida corresponde al poeta sobre la tierra, es más grande, más pura la gloria que adquiere en la vida de la inmortalidad. Las coronas de mirto y de laurel que cine el poeta en su abatida sien, reverdecen siempre y aparecen más brillantes á proporcion que han sido regadas por el rocío del dolor, por las lágrimas del infortunio. ¿Querer un ejemplo típico de la adquisicion de esta gloria á proporcion de la intensidad del sufrimiento? Ved á Homero mendigando de puerta en puerta el pan necesario para su subsistencia, que comía empapado en el llanto de su miseria, y entonando á la par sus cánticos inmortales. Ved á ese anciano, ciego y miserable, á quien negaba la Grecia el pan del mendigo, haciendo en cambio vibrar para su ingrata patria de cada vibración de su lira mil raudales de impercedera gloria. I Homero no aparecerá á vuestros ojos con la grandeza con que nos lo representa su desgracia, al través de los siglos y de las generaciones; su aureola de gloria sería tan brillante como si le contemplárais entre los regios aparatos de la opulencia, en medio de las turbulencias de los festines y de los falaces placeres del mundo.

El dolor hace al hombre eminentemente poético. El placer hace mezclar al poeta en sus fantásticas creaciones algo del materialismo de nuestra naturaleza y les quita, en consecuencia, una parte de esa sublimidad casi divina que hace distinguir la verdadera poesía. El dolor, por el contrario, despoja al alma del poeta de todo sentimiento material, le espiritualiza, le coloca en su verdadero trono desde donde puede lanzar sus notas inmortales al mundo presente y á las generaciones venideras. Hay algo de material en el placer, bajo cualquier faz que se presente; siempre es espiritual el dolor en sus múltiples manifestaciones. David no habría lanzado sus más hermosos salmos, si el dolor del arrepentimiento de su falta no hubiera templado tan bien su corazón y su arpa, Camoens y Cervantes no enriquecieron la literatura española con sus mejores producciones, sino en medio de las lóbregas mazmorras de una cárcel; el ciego Milton habría partido para el desconocido llevándose consigo el inmenso tesoro del "Paraiso perdido," si en sus últimos años no hubiese caído en la desgracia y sus ojos se hubiesen privado de la luz del cielo, para resolverse en torrentes de luz interior, á cuya mágica influencia pudiese brotar de su cerebro su inmortal obra. Los más tiernos conceptos de Lamartine no han sido producidos en medio de su infortunio! ¿Quiéno pudo inspirar á Andres Chénier su último divino canto, sino la vista del cadalso donde iba á ceñir, con sus compañeros de infortunio, la corona que le prepa-

de la soledad y el sufrimiento. Sus admirables memorias, sus poesías, sus meditaciones y de sublimes meditaciones. Byron, el poeta de las ideas de la tierra como de las tempestades del corazón, el poeta de la desesperación y del escepticismo; Byron, el poeta de la Edad media con alma de hombre de los tiempos heroicos en mediodel siglo XIX, Byron no habría llenado el mundo con sus inimitables versos, si el infortunio no hubiese sacado esa alma privilegiada de las rígidas y frías costumbres de su país, para lanzarla a las regiones de los escojidos. Sin su desgracia, la historia no presentaría en Byron al poeta más sentimental de los tiempos modernos, sino [si es que su memoria se conservaba] al opulento Lord inglés, disfrutando materialmente de sus riquezas en sus palacios, como uno de tantos Sardanápalos.

Continuará.

REMITIDOS.

PRO PATRIA.

Consideraciones dirigidas a los ecuatorianos.

III.

Adormecidos o postrados, la dictadura no ha sido un hecho aislado entre nosotros; y aun cuando su obra se desmorone y desparezca con la misma ligereza con que fué emprendida, no ha sido una vulgar tiranía. Sus tendencias eran en mucho opuestas a nuestro carácter, sus medios lo eran totalmente a nuestras necesidades; pero su acción deja marcas más o menos profundas en nuestra existencia. Tenemos de hacer siquiera rápidamente su proceso, que será hacer en parte el diagnóstico de nuestros males; y tentemos más de penetrar en la causa de su existencia y de analizar fríamente la parte que nosotros mismos hemos tenido en ella.

En estos tiempos en que se hace el proceso de una civilización que acaba, esa dictadura pretendió reencarnarla en un pueblo nuevo e incipiente no solo, pero también hacer de ese pueblo sin historia, sin poder ni prestigio, sin nada de lo que hace fuertes y diestros a los que lo son, de ese pueblo que ha menester de la experiencia, del saber, del concurso y buena amistad de los otros, pretendió hacer de él una especie de antagonista de ellos y sus traerlo al mismo tiempo a la corriente general del mundo. La corriente ha pasado blanda sin murmurar; y a la hora de la hora nosotros nos encontramos en la orilla y la locura en el fondo del río.

Esa dictadura puso su mano sobre todo: religión, gobierno, economía, instrucción, todo lo tocó y hasta el hogar llevó su espíritu desorganizador. Porque desorganizar es romper los hábitos y medio social de un pueblo para hacerle vivir una vida artificial y ficticia. En el Ecuador, y esto es común a él y a los otros pueblos colonobamericanos, los partidos que política y socialmente se han titulado y se titulan conservadores, hacen una ironía de la palabra y desconocen no solo el medio físico y el social de nuestra existencia, sino también hasta los mas vulgares elementos de la constitución actual de los pueblos. Si la palabra revolución puede ser echada a mala parte, solo puede serlo en cabeza de esos sedicentes conservadores.

La dictadura de 69 se levantó sobre la intolerancia y el odio y la violencia, las persecuciones, lo imprevisito y la ignorancia debía ser su cortejo obligado. "Propalaba hacer la felicidad de un pueblo, y no hacia más que abrirle el camino de un limbo quietismo, apagar en él toda actividad y toda aspiración, arruinarlo moral, intelectual y económicamente."—Por triste que fuere semejante tarea, es lógica. La cura de ese orden de cosas fué el mas desvergonzado crimen, una iniquidad nueva para nosotros, que venia a trastornar todo nuestro ser y a probarnos que faltaba algo a nuestra energía y algo a nuestra conciencia.

Esa dictadura dividió al Ecuador no en dos partidos que buscan diferentemente el bienestar y engrandecimiento de la patria, no en sus dos campos rivales que se disputan la exclusiva influencia y el poder exclusivo, no tan solo en vencedores insolentes y en vencidos humillados, lo dividió simplemente en honrados y pillos.

La moral tenia por móvil el temor, y por manifestación la indiferencia, el vicio, a las veces el crimen. Los dos supuestos de ese edificio eran el espía y el confesionario. Los elementos que no habian servido a ninguna idea, pero que habian servido de apoyo y descuido juntamente a todas las administraciones, fueron los que hablaron en nombre de la justicia, abararon en nombre del orden, dirigieron en nombre de la moral. La moral, el orden y la justicia

no tenían sino un intérprete, una individualidad que las personificaba, un hombre que lo absorbía todo, que lo hacía todo, que quería serlo todo. No existía allí la idea del deber, imperaba la ley del temor; no habia allí conciencia, debia haber automatismo; no habia ideal, habia fetichismo. No era siquiera el sendero oscuro y descorazonador por el que se ensarzara el Dante, era simplemente el resbaladero al fangal. El gobierno ¡merece acaso este nombre del egoísmo mas soberbio y el empirismo mas improvisor! La constitución y leyes de la dictadura eran, sin embargo de lo que fueron, por demas liberales en comparación de los medios de gobierno que se empleaban. Luego las leyes supremas del Estado eran las leyes canónicas, y el clero el primer cuerpo, la clase dirigente, el alma de la república. Todo estaba centralizado y no se movia la hoja del árbol sin la voluntad del dictador.

Nuestros ministros diplomáticos tenían por oficio espíar y publicar que los adversarios de la dictadura eran pillos y criminales; mientras que esos pillos y criminales redimían sus culpas rudamente y veían engrosar sus filas todos los días.

Los diplomáticos y los cónsules no se ocupaban de estudiar la agricultura, el comercio, ni los sistemas financieros, de educación, instrucción, y penales, ni los adelantos científicos, ni el movimiento de las ideas en los otros pueblos; no se ocupaban en indicar vías a nuestro comercio extranjero ni de ponerse a estudiar las condiciones que podamos tener alguna inmigración; no se ocupaban de hacer conocer nuestro país ó sus productos de los otros pueblos.

Al contrario que nos importaría los otros pueblos ni ese afanar del mundo hacia un mejor bienestar, hacia una existencia mas positiva? Se habia encontrado para nosotros la verdadera felicidad, felicidad china, y debiera bastarnos. ¿Para qué sirven los bienes de la tierra? Porque no sirven para nada, la agricultura, esa savia de nuestra existencia, fecundadora de nuestra vida, madre y fundamento de nuestro porvenir, la agricultura era esquilmada, matada. Primicias y diezmos no bastaban, las contribuciones que grababan sobre ella fueron aumentadas, sin que sus rendimientos fueran mayores; y aun esto no era suficiente. Las leyes bancarias, los decretos sobre la circulación fiduciaria, la absorción de las rentas comunales por la administración general, todo paralizaría, aniquilaría la agricultura. El comercio mismo herido profundamente, hiriendo á aquella, debia á su vez hacer mas penosa la explotación agrícola. Las tarifas de aduanas alzadas mas allá de lo racional y teniendo por norma un sistema el nombre del cual es no serlo, la protección acordada á industrias que no tenemos, sin crédito en el exterior, todo esto y lo demas haria que el comercio buscara el asidero de sus transacciones aun á costa mismo de la agricultura; el arriero de las montañas nacionales debia ser para esta como la puñalada de cachetero. Aun ese mismo decreto sobre los contratos de los jornaleros que con la ley de la abolición de la prision por deudas, son dos medidas justas y ventajosas decretadas por el dictador, aun ese mismo decreto vendria á herir la agricultura por que se resentia de vaciedad e imprevision.

Del comercio no tengo que decir. Su ruina es mas palpable y su paralización y falta de crédito nos amenazan grandemente. (\*) La abrogación de la ley de bancos, de las leyes sobre usura y circulación fiduciaria, la reforma de las tarifas de derechos de importación y exportación y sobre todo el estado, el orden y prevision en las empresas públicas son las medidas que, en mi concepto, demanda urjentemente.

Por que las obras públicas no son simplemente obras públicas ni pueden ser obras públicas; tienen de ser útiles, ayudar el desarrollo de la riqueza y no paralizar ó matar ese desarrollo. El estado de la administración financiera de la dictadura probará que el único timbre que ella propalaba serle exclusivo, era una vana y miserable mentira. (\*\*) Empezar en obras públicas no solo es bueno, es magnifico; pero para que lo sea es menester estudiar no solo cuales son las mejores y mas necesarias, no solo el mejor modo de ejecutarlas; pero también darse cuenta de las dificultades que se encontrarán en la empresa, los capitales que se invertirán y las utilidades que darán. Y cuando no se tienen capitales preciso se hace buscarlos baratos ó invertirlos bien y económicamente; y cuando no se tiene credito fuerza es labrarselo por el trabajo, la economía y el buen sentido práctico. Para no hablar sino de una de las obras públicas, allí está el ferrocarril de Sibambe al Milagro. La imprevisión y la

ignorancia que se descubren en esa empresa estan en todas. ¿Se estudió el trazo del camino, se hizo el presupuesto de la obra? El trazo se hizo á ojo de buen cubero. Se creyó q' se invertirían como \$2,000,000, y ya va gastado uno en la décima parte del camino; se creyó que se emplearían dos años en su construcción, y ya van corridos tres. Para comenzarle se hizo un empréstito de medio millon y nada es el desfale del quinto de este empréstito, la falta esta en la manera como se efectuó y en el tipo del interes. Pero todo esto es poca cosa: los estudios que un hombre de Estado debe acometer ántes de emprender cualquiera obra son distintos de los del ingeniero y del constructor, y esos estudios no se hacían. En el ferrocarril, por ejemplo, no se estudio ni su lado social ni su lado económico. La dictadura no conocia el valor de la producción agrícola en una ni en otra rejion del Ecuador, ni la razon de la fluctuación de ese valor; no conocia el movimiento comercial interior ni exterior, ni las causas que en los últimos años abateían el primero mas que el segundo; no sabia que intereses iba á destruir ó herir su obra, ni los que mantendría, ni los nuevos que crearia; no sabia siquiera si para el desarrollo de los intereses generales tanto económica como financieramente hablando, convénia mejor invertir un capital en un ferrocarril ó en diversos caminos de rueda y de herradura.

¿Qué iba á esperarse de un gobierno que en materias de economía y de finanzas era por demas ciego, y cuyo sistema no era otro que el de la colonial? Y cuando todo esto se hacia de la manera como se hacia: cuando se envanece de haber aumentado lar rentas nacionales, sin decir ni pensar que ese aumento se verificaba á costa no solo de la renta, sino también del capital particular; cuando se propalaba el bien estar de la nacion al tiempo mismo que la nacion perdía hasta la fuerza de trabajar; cuando aun ese aumento de las rentas no bastaba á nuestras crecientes necesidades; cuando se hacían gastos locos en equipos militares como si nos preparásemos á una guerra extranjera, sin embargo de asegurar á cada paso que estábamos en paz; cuando se decretaba la nulidad del contrato relativo á la deuda extranjera, mendigando en vano poco despues el crédito perdido en el exterior, sin saber sacar partido ni de los errores que se cometían, errer de forma solamense en este caso; cuando la crisis financiera venia á agravar la crisis económica y las obras públicas se encontraban en réceso; cuando todo esto se hacia, la dictadura aumentaba los gastos inútiles y regalaba \$20,000 anuales al Venerable Pontífice que maldita la necesidad que tiene de nuestro mezquino presente.

Y si á esto solo se limitaran sus errores, no serian completos; y si solo errores hubiese cometido, tal vez mereciera solo censura severa. Para, por lo regular, las dictaduras son desvergonzadas y cínicas; y como tal cínic y desvergonzada, la dictadura de 69 mentía. Todo estaba allí como en el mejor de los mundos posibles; y, sin embargo, no habia seguridad alguna, libertad ni garantía de ninguna clase. Si se exceptua la de hablar, la de escribir, la de votar, la de ocuparnos de nuestras necesidades y de discutir la manera de satisfacerlas, la de leer, la de instruirse, la de trabajar, la de dar cuenta de lo que se hacían en otra parte, la de reunirse, la de peticion, etc., exceptuadas estas, todas las demas existían. Era el monólogo de Figaro puesto en acción.

Si se olvidan los fusilamientos, las prisiones sin causa, los juicios terminados por sobornamiento por órden dictatorial y los reconocidos por la misma órden hasta obsequio y condenación, los defensores de los enemigos perseguidos, todas las garantías cesarian. Todas, hasta la del corazón, en los q' el dictador hacia prisionar y apagaba afectos: todas hasta la del hogar cuyo secreto, cuyo aislamiento, cuya dulzura y ternura desaparecerían al rasgar del velo de ese santuario para arrastrarlo en la pestilencia murgum. ¿Quien me dice si hasta el *sancta sanctorum* de ese templo no penetó alguna ráfaga del vaho inmundado ese desorden desvergonzado?

La perdonaria yo á pesar de todo si se hubiese limitado á estragarse contra las generaciones avanzadas en el camino de la vida y aun contra las que en lo mas pleno de ella la afrontan valerosos. Pero no, salvó esos límites y puso sus manos sobre la pubertad y aun las puso también sobre la niñez. ¿Para que nos atardáramos en recorrer la parte mas sombría de este cuadro? Y por tanto, es la mas interesante y en donde la mentira refoja con mayores y mas finestas sombras. Mas, el valor me falta para indicarla siquiera en cuanto á hoy, y prefiero limitarme á presentar otro cuadro mas necesario.

Lo que antecede basta para evocar un pasado doloroso, evocar un pasado es la espresion justa, y dándole una última mirada, borrarlo con mano poderosa y sustituirlo

con algo mas digno de nosotros, con algo digno de un pueblo desceoso de lo bueno y ambicioso de progreso, con algo real hecho científicamente.

Continuará.

CRONICA LOCAL.

Como deseamos dar un poco mas de atención á esta seccion de nuestros periódicos, comunicamos á nuestros suscritores, que desde el próximo número la "Crónica," se hará extensiva á cuanto se relacione con nuestra provincia.

RELLENO DE CALLES.—Parece indispensable el relleno de ciertas calles, pues el invierno está lluvando á la puerta y nos vamos á ver envueltos en un laberinto de dificultades para hacerlo entonces. A la obra señora Municipalidad, hoy, que tenemos seguridad de ser oídos por esa Ilustre corporación y su respetable Jefe Político, que tantas pruebas han dado ya de interes, por las mejoras locales.

El informe parece que no funcionará hasta el 3 de Diciembre, pues la compañía se ha detenido dando funciones en el Callao.

ASEO DE CALLES.—Recomendamos al encargado del aseo de Calles, no permita que esos basureros que se forman en las calles, permanezcan mucho tiempo, sin retirarse en las carretas. Con los soles que nos están derriñendo, esos basureros, son verdaderos focos de infección.

ALUMBRADO.—El farol del alumbrado frente al Colegio Nacional, no se enciende. Traslado á la compañía de gas.

CABRERA.—Publicamos á continuación la nota del señor Jefe Político del Canton de Daule á este respect; y que se publico en boca snelta hace dos días.

República del Ecuador.—Jefatura Política del Canton.—Daule, á 23 de Noviembre de 1878.—Al señor General Gobernador de la Provincia.

En este momento, que son las ocho de la mañana, acaba de presentarse el Coronel Castro en union de otro señor conduciendo á Manuel Cabrera, el que queda preso á disposición del juez competente.

Dios y Libertad.—E. Acellan.

He aquí los nombramientos de empleados que ha hecho la sociedad "Filantrópica" en su última sesión.

- Presidente.—Doctor Alcides Destruge.
- Vicepresidente.—Eduardo Arosamena.
- Vocales.—Luis M. Calvo.
- Manuel A. Mateus.
- Pedro Navarro Diez.
- Suplentes. Juan José Terreros.
- José H. Indaburu.
- Camilo Palomeque.
- Tesorero.—Isidro M. Suárez.
- Sindico.—Doctor Alberto Marriott.
- Suplente.—José Eleodoro Avilés.
- Secretario.—Manuel A. Ramos.
- Suplente.—Aurelio F. Cordero.

En dias pasados hemos visto un insignie escamoteador, que hacia gratis sus bonitas y variadas pruebas de prestidigitacion públicamente, en las calles de esta ciudad.

El objeto que se proponia este ciudadano Italiano, al hacer sus escamoteos de balde, se comprende fácilmente, pues no era otro que vender un espíritu y una pomada, que segun los elojios que hacia de ellos, servían hasta para no morir.

Segun él, el precio en que vendió en Lima, su especial é incomparable *sinálo* todo, cuyo nombre no recordamos, era el insignificante importe de cinco soles; pero deseando que el pueblo de Guayaquil, no careciera de tan importante remedio universal, tuvo á bien vender por el infimo precio de un sol. Y á la verdad que hizo negocio, pues vendió alguna cantidad considerable.

Eder, Reinberg & Cia.

IMPORTADORES, EXPORTADORES Y COMISIONISTAS.  
CAMBIO DE MONEDA.  
Gran surtido de mercaderías europeas y americanas.  
Compran y venden monedas de oro de todas las naciones—y Letras de Cambio.  
Pagan el premio mas alto sobre plata norteamericana y europea.  
Cambian plata granadina.

CONSULADO DEL PERU EN GUAYAQUIL.

Todo ciudadano peruano que está inscrito en la matrícula se presentará ante este consulado, desde esta fecha hasta fines de Diciembre del presente año; para dar cumplimiento á lo dispuesto en el artículo 240, del reglamento consular.

(\*) Recuerdos que esto fué escrito al comenzar el año de 1876.

(\*\*) El señor don Francisco Icaza ha publicado en su folleto: La verdad etc., y las sentencias del Tribunal de cuentas y los rindientes fallidos lo prueban mas todavía.